

Francisco Gómez —para poner seso a su locura—; el padre le apretó con tanta fuerza y eficacia de razones y argumentos, que con evidencia le convenció; y atado de pies y manos, sin que tuviese ni supiese qué responder, enmudeció”.

La originalidad de la actual revisión conjunta de los resultados de todas estas encuestas por López Pina y Aranguren es que una honesta reacción contra los sueños dogmáticos de la teoría (proburguesa y etnocéntrico-proamericana) de la “modernización política” crítica la inefable tesis del autoritarismo (orgánico) de la sociedad española, para contraponerle la brutal cualidad —bien conocida por la enmudecida clase obrera— de la represión franquista. Frente a la vana tarea de la **definición operativa** de la recreada “individualidad política” de los españoles —producto, en realidad, de su avasallamiento por el propio poder—, nuestros autores ponen su énfasis, en cambio, en el análisis de los mecanismos de destrucción de la ciudadanía. En lugar de correr tras los fantasmas engendrados por el miedo, López Pina y Aranguren parten del hecho radical en la destrucción del ciudadano y en la remodelación de la individualidad política del español medio: “un pueblo, no sólo mutilado y traumatizado por la guerra civil, sino relegado por la fuerza a la condición de súbdito. Los fundamentos de la prolongada dominación franquista no se encuentran, por tanto, en ninguna reproducción a nivel político de un básico “autoritarismo” de la sociedad española, sino —piensan los autores— en una implacable “política de intolerancia con cualquier poder autónomo”, asociada a la legitimación exclusiva de toda autoridad por la victoria militar en la guerra civil del treinta y seis. Estructura de poder reforzada, que no disuelta, por la distribución de beneficios y la extensión del consumismo, producidos por el crecimiento económico capitalista de los años sesenta.

La **apatía política** es así enfocada como un resultado del “miedo, la importancia y la corrupción”, “bajo el peso de la dictadura y la dominación de clase”. La doble consigna del “*enrichissez-vous*” —para las élites— y del “*lasciate ogni speranza*” —para las masas— resume el proceso de envilecida reconversión del miedo, a través del cual el franquismo “de ser originalmente un régimen político —observan los autores— “llegó a convertirse en forma de vida de los españoles”. Misera forma de existencia moral dominada más que por una erótica, por una oscura pornografía del poder, a cuya consolidación no ha dejado de contribuir el pragmático arribismo de quienes a lo largo de estos años han tenido a bien confesarse “pertenecientes a una burguesía comprometida —¿cómo no?—, pero disconforme”

(cita textual). En este aspecto, algunas de las consideraciones críticas de los autores permiten contraponer al (forzado) autoritarismo de las masas, fruto bendito del instaurado modelo de dominación, detectado por las encuestas —y coherente con su metodología individualista—, las **prácticas políticas efectivas** de colusión con el poder de los numerosos “comprometidos” en su beneficiosa administración, “pero disconforme” —a nivel verbal—, que las encuestas nos muestran —también de forma metodológicamente coherente— como nostálgicos partidarios de la democracia y —¿cómo no?— también del socialismo.

A pesar de esta recuperación final de la razón, pulverizada por técnicas de registro de la opinión que reproducen las condiciones del propio sistema de dominación, me parece que los autores —presos quizá en una concepción en exceso académica y exclusivista de la sociología— comparten con todos los estudios ahora revisados una limitación metodológica fundamental: la de dejar reducidos “los instrumentos profesionales de la sociología” —como ellos mismos los definen— al análisis de actitudes a través de encuestas estadísticas formalizadas, corriendo el riesgo de confundir “la incapacidad de la sociología” con la esterilidad del **empirismo abstracto** (C. W. Mills) —inherente a la metodología del análisis funcionalista— para dar cuenta de la realidad social concreta y de sus conflictos.

Última sociología del franquismo, balance y autocrítica de la forzada banalidad de toda investigación sociológica cuando a encuestador y encuestado les ha sido arrebatada la voz y racionada la palabra, la obra de López Pina y Aranguren cierra un ciclo de impotentes esfuerzos para restablecer el auténtico diálogo con los ciudadanos, a la vez que abre una brecha para la recuperación de la racionalidad en los estudios empíricos de opinión. La reintegración inteligible del comportamiento político de los resignados súbditos del franquismo en su auténtico contexto social e histórico pasa a ser ahora un campo para las pretensiones totalizadoras de la historiografía. Pero la **Historia**, la verdadera y reprimida totalidad concreta, sólo volverá a ponerse en marcha contra la alienación cuando —como recordaba hace poco Jesús Ibáñez desde “Cuadernos...”—, recuperen plenamente la palabra todos los que la perdieron en una primavera de triunfo —fatal o fortuito, pero implacable— de la dialéctica de los puños y las pistolas al servicio del poder. La lucha contra la alienación política pasa por la devolución de la palabra al pueblo, o más correctamente, por dejar de arrebatársela. Pero ese es también un nivel de la libertad concreta que todavía hay que reconquistar. ■

La venganza

RECUERDAN ustedes?... Durante decenios nos repitieron el augurio: En cuanto esto cambie, en cuanto se aflojen los tornillos, las masas populares desencadenarán un aluvión de venganzas.

Con esto se pretendía paralizar, por el miedo, a muchos de los que deseaban cambios, por mínimos que fueren. Y no puede decirse que, al menos durante bastante tiempo, no lo consiguieran.

Huyendo de las ideas, el viejo régimen engendraba mitos. Este de la venganza popular era uno de sus preferidos. Y que, como tantos otros, se ha derrumbado al primer soplo de aire nuevo.

Pues, ¿qué vemos hoy? Si bien sería puro espejismo de sediento afirmar que vivimos en una democracia plena, es evidente que los tornillos se han aflojado. El pueblo —y emplee el vocablo en su acepción más lata— está en la calle, expresando sus ansias democráticas en la vía pública, agrupándose según sus preferencias. Clima suficiente para las venganzas si realmente existiera voluntad de ejecutarlas. Pero ni una sola se ha producido en ningún sector ciudadano, en ningún pueblo de España. Ni manifestantes ni congregados en ninguna concentración democrática han cometido la más leve agresión. En toda circunstancia, las masas están mostrando un gran sentido cívico. Las violencias que lamentamos parten de otras latitudes, antipodas de las populares.

Los profetas de una catastrófica vuelta a la tortilla, decían basar sus augurios en los excesos y barbaridades cometidos por una parte de las masas antes de la guerra y en la guerra. Omítan que, en el fondo, y casi siempre en su motivación más inmediata —hablo de los reales, no de los que tenían su origen en oscuras maquinaciones inlocalizadas— eran hijos de la exasperación. Exasperación popular ante la intransigencia sin ojos ni oídos, frente atentados y sarracinas. Omítan igualmente —esto probablemente ni lo advirtieron, pues quien no evoluciona es propenso a creer que los demás siguen también en el mismo sitio— que, en todo caso, tales hechos correspondían a un estadio de la mentalidad de las masas populares en aquella época. Estadio que han dejado atrás.

Ovidaban el tiempo..., ese factor de permanente cambio. Imperceptible, mínimo casi siempre, pero constante.

En estos años pasados, oyendo

a los agoreros, me he acordado más de una vez de aquel vecino de Teruel que encontramos a la puerta de su casa cuando, en los últimos días de 1937, entramos en la ciudad por la cuesta de San Julián. Llorando silenciosamente, nos miraba pasar. A su lado, una vieja —su mujer sin duda— nos gritaba desgarradamente que le habían fusilado a dos hijos y que los culpables estaban en Zaragoza.

—No se preocupe usted, buena mujer, que después los vengaremos —le dijo un soldado nuestro más apasionado que reflexivo.

—¡Después, después!... —murmuró el marido secándose las lágrimas. ¡Si tan largo me lo fiáis!... Después pasará el tiempo... Sobre los hombres y sobre este país. Después... será otra cosa.

Y, efectivamente, es otra cosa. Como la historia es siempre: otra cosa. Aunque ese otra cosa lleve una carga de pasado y esté condicionada por él en mayor o menor grado, más o menos directamente. Eso depende de lo que hagan los hombres, de su voluntad renovadora.

Ha pasado un año... y no ha habido venganzas individuales. La que se ha vengado es la Historia. Con esta magnífica eclosión democrática que vive España.

Hoy tenemos un pueblo con abultados defectos y grandes virtudes que vienen de sus modos anteriores de existencia. Un pueblo en el que ha cambiado considerablemente la correlación de fuerzas sociales. Un pueblo que ha vivido una trágica experiencia histórica, que no quiere volver a vivir, y que ha originado que hasta muchos que no sentían ningún gusto por la libertad —sin duda por apenas haberla catado— comprendan ahora el valor que tiene. Un pueblo en el que han penetrado, poco a poco, los anhelos de reconciliación nacional y el rechazo de toda idea de revancha. Un pueblo deseoso de dirimir los inevitables conflictos de intereses e ideas por vías democráticas, civilizadas.

Que no frustren este gran momento español los que, a pesar de toda la experiencia histórica, sueñan con detener la vida... En la España de hoy, la convivencia y la paz serán perfectamente posibles en la libertad para todos.

Sin que la gente se diese muy exacta cuenta de ello, el mito de la venganza popular ha sido enterrado, hace bastante tiempo, en la tierra española.

Bajo los muertos. ■ JESUS IZCARAY.